

De la hervorosa chusma al recio empuje
El caudillo español turbado calla,
Y la insegura puerta tiembla y cruje;

Nariño abre un balcón, á la canalla,
Que de coraje y de impaciencia ruge,
Se muestra, y la detiene, y la avasalla.

RICARDO CARRASQUILLA

(Concluirán)

Las tragedias de Esquilo

Uno de los últimos correos ha traído, con destino á la biblioteca del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, un ejemplar de *Las tragedias de Esquilo*, traducidas directamente del griego por el Presbítero Juan R. Salas, y publicadas en Santiago de Chile por encargo de la Universidad. Esta obra hace honor á un país acreditado ya en el mundo hispano-americano por sus adelantos en todos los ramos científicos, por su bien establecido régimen administrativo, y por el cuidadoso cariño que así las clases distinguidas de la sociedad como el Estado han dispensado á la Universidad, madre fecunda de muchos hombres ilustres, que ha sido sabia y prudentemente dirigida por varones de extendido renombre como Andrés Bello, Domeiko, Jorge Huneeus, y que tiene cátedras de todos los ramos del saber regidas por maestros nacionales ó extranjeros. Así han conseguido los chilenos el adelanto del país y la formación de un ambiente social culto é ilustrado, en el cual han sobresalido estadistas, hombres de ciencia, naturalistas y literatos conocedores del progreso extranjero, como los hermanos Amunáteguis, Errázuriz, Bañados Espinosa, y polígrafos como Diego Barros Arana.

El libro, elegantemente editado por la Imprenta de Cervantes, abraza la trilogía, que con el nombre de Orestía-

da, ha llegado completa hasta nosotros, compuesta de las tragedias Agamenón, las Coéforas y las Euménides, y además Los siete contra Tebas y Prometeo encadenado. La trilogía se desarrolla en aquel tiempo tan recordado por los artistas griegos, de la guerra de Troya, en que toda una nación confederada se trasladó con sus ejércitos y bajeles al Asia á vengar el rapto de una mujer y el ultraje recibido por uno de sus príncipes. El jefe vencedor Agamenón dispone que para hacer volar la noticia y ponerla en conocimiento de su esposa Clitemnestra, los espías enciendan hogueras sucesivas en las cumbres de los montes, y así apareciendo las antorchas gigantescas anuncien á la patria que ha cesado la guerra de diez años y las matanzas de millares de soldados. Mas cuando él mismo regresa á su casa y es recibido con hipócritas agasajos por Clitemnestra, que con la larga ausencia le había olvidado, recibe una indigna muerte en el baño regio preparado, según la costumbre, para festejar al huésped. Figura ahí una esclava que le tocó á Agamenón en el reparto del botín, que es una bella y altiva figura, "como una leona recién cogida." A pesar de que no habla sino muy breves palabras, resalta el carácter por la sobriedad de rasgos y por lo enérgico de la actitud.

La segunda tragedia, que lleva el nombre de *Las Coéforas* porque aparece una procesión de esclavas que vienen al sepulcro del rey á hacer sacrificios propiciatorios, es una corta acción donde el Hado, por mano de Orestes, vénga el asesinato de Agamenón. Preséntase el príncipe, que llega de tierras extranjeras, al palacio en compañía de su amigo Pílates, en busca de Clitemnestra; á punto de ser sacrificada, tras de vanas súplicas, ruega á su hijo matador que la perdone por el pecho que le sustentó en la niñez; Orestes queda atónito, pero Pílates le recuerda, para decirlo, que es el instrumento de los dioses y que debe terminar la venganza por la sangre de su padre. La acción es sencilla en extremo, pero en cambio muy patética y traza el cumplimiento de una justicia inexorable.

Para completar la triple acción de la trilogía, Orestes huye perseguido por los remordimientos y amenazado á cada instante por las Erinys vengadoras; los dioses que viven entre los mortales é influyen en los acontecimientos del modo más directo, forman un tribunal para juzgar al delincuente: Apolo defiende, las Furias acusan en vivo diálogo, y por fin Atene transfiere la sentencia ante el Areópago. Los votos favorables y los condenatorios de los ancianos quedan en número igual, y la diosa de la sabiduría perdona al criminal. Quiso con esto Esquilo marcar ya un límite entre la antigua éra del talión y la nueva de la clemencia y la concordia. Termina la obra con un himno lírico en honor de Atenas, la ciudad protegida por la diosa, con cuyo nombre se ufanaba, y por los otros inmortales.

Separada de las anteriores viene la tragedia de *Los siete contra Tebas*, episodio nacional, conocido de todos los espectadores: habiendo sido desterrado Polinice de la ciudad por Etéocles que ocupó el trono, volvió coligado con otros monarcas á devastarla, y encontrados los dos hermanos en el ataque y la defensa de una de las puertas, caen atravesados por mutuos golpes del acero. Son lugares de mérito literario, que dan brillo á la pieza, la enumeración que hace el coro de los infortunios de Layo y Edipo, antecesores de los dos hermanos, y la brillante pintura que traza un espía de los guerreros enemigos, de su plan de ataque, de las armas y divisas.

Donde el autor luce espléndidamente, donde se conoce su vigorosa inspiración es en Prometeo, "el épico Prometeo," encadenado y maltratado por los dioses por haber robado, en su amor al hombre, el fuego celestial, para dárselo en regalo. Es tan simpático este mártir de la mitología, que Ifesto, el herrero inmortal, no lo ata y lo asegura en la montaña desierta sino con dolor y por necesidad de obedecer. Entre los acerbos martirios el héroe adivina la ingratitud humana y recuerda á los degradados que han sufrido como él; recibe la visita de las ninfas piadosas

y tiernas, de que resulta con su orgullosa altivez un contraste grandioso; enumera que él tornó al hombre de bárbaro en civilizado, que le enseñó á edificarse un techo, á conocer las estaciones, las ciencias matemáticas, las letras, que son las más dulces compañeras, la historia y la medicina; por él,

Las artes todas los mortales tienen.

Hermes, como mensajero de sus tiranos, viene á amenazarle con nuevos castigos si no depone su orgullo, pero Prometeo indomable, desprecia, sufre y resiste, proclama como último consuelo que es inmortal: puede Zeus enviarle todos los males;

tan solo

A darle muerte su poder no alcanza!

No se distinguen las obras del teatro griego por el enredo: las acciones son de ordinario sencillos episodios sacados de la tradición, la historia ó la mitología, como de ricas canteras el mármol más escogido, y modificadas más ó menos en el desarrollo por el dramaturgo; pero por estos motivos son eminentemente populares: el interés se despertaba en un pueblo muy inteligente que concurría á recordar su historia y los antecedentes de sus familias y de su ciudad con el más grande anhelo; todos los ciudadanos, con los ancianos, arcontes y magistrados á la cabeza, comprendían las escenas que iban sucediéndose. Ellos mismos eran descendientes de los héroes y estaban todavía en sociedad con los dioses que se presentaban en el espectáculo. Este auditorio de talento era el mismo que en el ágora pública aplaudía á los discípulos de Demóstenes y á los demás oradores que discutían sus leyes y defendían sus derechos.

El teatro moderno procede de una manera diferente: estriba hoy en el desarrollo de un carácter, en el análisis psicológico de que tanto se ha abusado, en las escenas ál-

gidas, nerviosas y apasionadas; el antiguo es sereno y elegante; sin carecer de grandes caracteres, se inclina más al arte de las acciones y de las palabras, á la armonía divina entre la marcha general y los pormenores; hay partes que, tomadas aisladamente, son joyas de composición y de cincel. A esto juntan los griegos un candor en la expresión que no tiene ejemplo en el día. Ambos teatros son dignos de aplauso, así las obras de aquella remota edad como las escogidas de los tiempos modernos; en el Panteón literario hay campo para los nombres de Sófocles y Esquilo como para los de Shakespeare y Tamayo y Baus.

Diferente era también el escenario: hoy la decoración es pintada y preparada al efecto; y antes el adorno lo daba la naturaleza en alguna suave colina, bajo el palio del cielo, en las cercanías del mar rumuroso, ó en la vecindad de un huerto conocido, cuyos frutos perfumaban el ambiente.

Encantan en Esquilo los diálogos vivos y brillantes como saetas disparadas alternativamente; hay una idea delicada ó ingeniosa en cada respuesta; no los hay mejores sino en algunos selectos pasajes de las óperas acompañadas por los realces de la música.

Un elemento que tuvieron en uso los autores antiguos fueron los coros, que ora tomaban parte en el diálogo, ora anunciaban ó preparaban la acción, ya comentaban y perfeccionaban el resultado general con himnos líricos acompañados de marchas que debían ser bien concertadas en aquel pueblo amante de la belleza; unas veces esos cantos semejan una plegaria ó son la apoteosis de un guerrero, ó lloran las amarguras como un salmo de David, ó añaden alegría á las horas gratas de la vida.

Respecto de las rígidas tres unidades no existen en Esquilo; era demasiado artista para adoptar tal estrechez, así no podrían apoyarse mucho en él los que quisieran defenderlas.

Creo que los más notables caracteres estéticos deben recorrer tres grados para que despierten admiración indeleble; el asunto mismo, es decir, el bello ideal meditado y compuesto por el artista; luego la serie de acciones en que se desarrolla, y por fin, la fuerza ó sello de vida de cada acción; esto se ve reunido en los caracteres de Shakespeare —Macbet, Otello, Julieta,—y en dos, entre todos, en el teatro de Esquilo: Clitemnestra cruel hasta el crimen y no obstante amante y delicada como mujer, y Prometeo, altivo, generoso, lleno de esperanza en medio de las cadenas y cuyas palabras nos hacen estremecer y nos obligan á amarle. Por la carencia ó errónea manifestación de las dos últimas condiciones, muchas de las obras del teatro clásico del tiempo de Luis XIV resultaron frías, acompasadas y defectuosas.

Los griegos amaban íntimamente la naturaleza y la personificaban, lo mismo que las pasiones, cólera, perdón, amor ó tristeza, en símbolos que no eran sino los dioses que bajaban del Olimpo, para vivir la vida ordinaria de los mortales y mezclarse favorable ó funestamente en sus diarias ocupaciones y necesidades; por esto en Homero y Esquilo, los dioses toman parte en las escenas domésticas, en la economía de las ciudades, en las guerras y juegos, en los duelos y querellas. El Hado es el árbitro ciego é inexorable, que no sólo ordena los acontecimientos sino que domina á los vivientes y dirige á los dioses mismos: es el resorte de Esquilo, pero no literario ni acomodaticio, sino real y verdadero que correspondía á los sistemas de los filósofos, á las creencias del pueblo, y á los dictados del culto religioso.

Más de una vez, al recorrer las obras de Esquilo, vienen al recuerdo muchos pasajes de Homero; así cuando el coro describe á Helena, tan bella y amable, aunque causa de tantas lágrimas y sangre en ambos pueblos combatientes, al punto recordamos el elogio que hacen los ancianos de Troya reunidos sobre las murallas para contemplar los dos ejércitos que descansaban en una corta tregua; al

ver venir á Helena, la cual había interrumpido en su casa la obra que estaba bordando y venía hacia ellos vestida con un elegante peplo, llamada para que les diese á conocer los nombres de los guerreros, compatriotas y amigos suyos, exclaman:

“No es posible indignarse porque los dos pueblos padezcan tantos males por tan bella mujer: se asemeja fielmente á las diosas inmortales!”

Y Priamo luego añade:

“Vén, hija querida, á sentarte á mi lado; vén y contéplala á tus padres y amigos, pues no eres á mis ojos causa de nuestros males, los dioses son los autores, los que han suscitado contra mí la guerra de los griegos.”

Y cuando el poeta trágico hace la enumeración de los guerreros que llegan á sitiar á Tebas, y de sus armas y trajes diversos, salta á la vista la rica descripción en la Iliada del escudo de Aquiles, donde estaban grabados como en pequeños cuadros las costumbres y grupos populares. En aquellas láminas cinceladas “estaban representadas dos ciudades espléndidas y populosas. En una se celebran matrimonios y se verifican gratos festines; al resplandor de las antorchas conducen á los novios de sus habitaciones á través de la ciudad; dondequiera resuenan los cantos de himeneo, los jóvenes bailan danzas graciosas; en medio de ellos las liras y flautas tocan armoniosos acordes, y las mujeres en las puertas de sus casas admiran este espectáculo.....” “Encima estaba grabada una tierra blanda y fértil y vasta cuyos surcos estaban revueltos tres veces; y allí numerosos labradores que en incesante movimiento hacían volver el tiro. Y cuando llegaban al límite del campo, un servidor los obsequiaba con una copa de vino, dulce como la miel; y aquéllos regresaban á su tarea, pues anhelaban dar fin á su profunda labor. Ahora, el terreno se ennegrecía y sembraba, aunque de oro, á la gleba trabajada; pues ciertamente el grabado era maravilloso.....” Y así continúa el resto de la descripción en Homero, y el conjunto forma el más primoroso mosaico.

Las obras de Esquilo nos muestran, como todos los escritores clásicos de aquella época, á más de las costumbres y carácter del pueblo heleno, el grado de cultura de la nación ilustre que sobrepasó á todas las antiguas en civilización, y nos enseñan cómo pensaron los griegos sobre los hombres y sobre las cosas. En esas escenas están consignadas las desgracias de la guerra que hace correr muchas lágrimas y sangre, envuelve las mejores ciudades en las llamas del incendio y extiende la devastación de un país. Luégo, la fecundidad del delito en un torrente incontenible:

Es ley que nueva sangre
Pida la sangre en tierra derramada;
Y al crimen sigue al crimen
Y sigue á la venganza la venganza,

lo cual fue proclamado en este tiempo por un poeta contemporáneo nuestro:

Está en el cielo y en la tierra escrito:
Siempre el delito engendrará delito.

En otros lugares indica que el hombre es juguete desgraciado de pasiones, y que por eso vale mucho la grandeza moral; que el sufrimiento es universal, que unos nacieron para el placer como otros inexorablemente para el dolor.

Abre la época nueva de la tolerancia y del perdón:

Oh, dioses, nuevos dioses
Que las antiguas leyes osasteis derribar;
Oh, dioses, nuevos dioses
De mano de las Furias la presa arrebatáis;

lo cual vuelve á confirmar en la muerte de Polinice, quien habiendo perecido en combate contra su patria, fue privado por el Senado de sepultura, según las leyes disponían; sin embargo, su piadosa hermana Antígona recoge el ca-

dáver y le sepulta cariñosamente, y el coro aprueba este rasgo benévolo y humanitario.

La traducción enviada de Chile es fiel y ha trasladado al idioma castellano la fuerza y marcha airosa de Esquilo; la he comparado con el original griego de Fermín Didot; fuera de desearse mayor fluidez en la forma de los versos; la mayor parte están rimados en asonancia ó son versos blancos; hay ciertos coros que por su tono lírico hubieran quedado bien vertidos en tercetos ú octavas reales. En algunas partes el escritor supo hacer felices traducciones de pasajes delicados, como cuando dice:

A Ilión llegó no de otra suerte Helena
Cual las dormidas ondas apacible,
De opulento esplendor gentil ornato,
Ojos cuyo mirar son dulces flechas,
Rosa de amor que el corazón hería.

También juzgo que habría sido de mucho provecho haber agregado algunas discretas notas de historia y costumbres, ya que las lingüísticas que van al fin del libro revelan cuán versado es el autor en el difícil idioma griego muy atendido en Europa y bien poco en nuestra América.

La traducción es, en suma, un grande esfuerzo literario; y merece aplauso, como lo enviamos sincero, al Presbítero Sr. Salas, por haber producido una obra que realza la intelectualidad de una nación hispano-americana.

FRANCISCO DE P. BARRERA
Colegial, Doctor en Filosofía y Letras
Catedrático de Griego

Bogotá, Abril de 1905.